

## Héctor «Toto» Schmucler El Maestro, las carreras de Comunicación y los ideales

Alicia Entel

No me caracteriza ser vueltera. Pero la escritura de este texto costó. Involucraba muchos recuerdos, sentimientos, proyectos políticos, porque para algunos de nosotros recordar a Toto – como lo hemos llamado siempre – es también recordar una época de ideales, utopías de transformación social, muertes. Renaceres con pesadas mochilas de historias dolidas a cuestras. Pero renaceres potentes a pesar de todo. De eso voy a hablar en estas líneas, y también de debates, contradicciones, olvidos para seguir viviendo.

### Como en una nube

Era principios de los años 70. La vida en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA no era apacible. Como estudiantes habíamos logrado activar, en la carrera de Letras, algunas cátedras paralelas, por ejemplo de Literatura Argentina con Noé Jitrik (un barbudo profesor atípico para la época) y Literatura Inglesa con Jaime Rest (el feo más inteligente que conocí). Pero la vida universitaria no terminaba allí, la militancia política ocupaba parte importante y una muchachada inquieta de proveniencia de izquierda descubríamos que todo lo que nos habían dicho nuestros padres– incluso progres– del peronismo eran rotundas mentiras. Activar en el peronismo era acercarse a los barrios populares, trabajar junto con los más vulnerables, colaborar para que la vida no les resultara tan tremenda. Y también era cotidiano debatir en la Universidad acerca de lo que imaginábamos como proceso transformador en y para América Latina. Para ese tiempo se trataba de un peronismo nuevo que rescataba la resistencia, las cátedras nacionales y el socialismo como meta. Para ese tiempo también– aun sin entenderlo a los 19 ó 20 años– era

bastante común al menos en la Universidad discutir textos de Marx, dialogar con otros de Cooke

O repetir Martha Harneker casi de memoria. A lo que en mi caso de Letras, pasar de padres que sólo habían hecho la primaria a leer el Edipo en griego, era un esfuerzo descomunal pero inolvidable. Lo cierto es que, en medio de esta oleada intelectual, el país y nosotros como militantes comenzamos a vivir el sueño de creer que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. Con la consigna «Cámpora al gobierno, Perón al poder», cantidades de jóvenes hicimos de la militancia un modo de vida. Y en ese 1973, asumía en la carrera de Letras como director el poeta Paco Urondo. Algunos –como se diría hoy– lo ayudamos a cambiar el largo, «europeizante» y enciclopédico Plan de estudios. Ahí aprendí a hacer planes de estudio, tarea que no dejé de hacer, aunque con síncopas e interrupciones nefastas como la de la última dictadura, durante el resto de la vida. Activar políticamente en el territorio, tratar de que mejore la Universidad con nuevas figuras y pensamiento crítico y hacer docencia básica se conjugaban sin contradicciones. Ah, y también, en lo posible hacer periodismo. Un día, en medio de tanto farrago y compartiendo actividad política, conocí a una pareja: ella semióloga y él de Letras pero muy estudioso de los medios. Y las tecnologías. Sabía que habían venido de París donde habían atravesado la experiencia del Mayo Francés, que él había estudiado en Córdoba y que en esos tiempos estaba pergeñando con un amigo de Chile una revista sobre Comunicación y Cultura. Era Héctor Schmucler alias el Toto.

Cuando se cuentan los tiempos de la primavera camporista parece que hubiera sido por lo menos una década y no los pocos meses que duró. Se trataba de unos tiempos de enorme intensidad, trabajo, militancia, cierto fervor y miedos. Porque una sombra acechaba de modo permanente cada uno de nuestros pasos. En ese breve lapso la amistad con Toto tuvo un doble rango. Admiraba su capacidad como profesor y lo respetaba por su actitud amplia en la tarea y responsabilidades de militante junto a muchos de nosotros más jóvenes con dudas, contradicciones. Un acontecimiento bastante especial y muy recordado fue el curso de verano que dio junto con Armand Mattelart en la Facultad de Filosofía y Letras situada, entre otros edificios, en el viejo hospital de Clínicas, hoy Plaza Houssay agredida por un Mac Donalds, verdadero asco neocolonial. Para escuchar el curso había que subir cuatro pisos por escalera y se llegaba a un aula muy grande estilo anfiteatro. Allí el profesor Schmucler con cierto tono gramsciano, y con la presencia de su amigo

Armand, daba su curso sobre cómo las grandes corporaciones y los cambios tecnológicos aplicados a los medios estaban produciendo verdaderos estragos a cualquier posible comunicación democrática en América Latina. Mattelart ya había escrito acerca de estas cuestiones en Chile desde 1970, especialmente en las revistas del CEREN (famoso Centro de estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica de Chile que editaba los Cuadernos de la Realidad Nacional). Y además en julio de 1973 salía en Santiago de Chile el N°1 de la revista *Comunicación y Cultura* cuyos editores eran Hugo Assmann, Armand Mattelart y Héctor Schmucler y cuyo objetivo central consistía en (analizar) «la comunicación masiva en el proceso político latinoamericano». Pero más allá de los conocimientos que tenían los integrantes del famoso seminario de Introducción a los Medios de Comunicación Masiva, no sólo el tema se posicionaba como una novedad en la carrera de Letras sino que la actitud, impostura y palabras de sus integrantes traían fenómenos y experiencias que no habían entrado antes en la Academia o que lo habían hecho subsidiariamente con el nombre de Fenómenos Literarios Masivos pero nada se decía de la vida material de los mismos.

También pertenecía a esa cátedra Introducción de los Medios de Comunicación Masiva. Heriberto Muraro quien en 1971 había escrito el fascículo El poder de los medios de comunicación de masas para el Centro Editor de América Latina, y por los comienzos de 1974 editaría su libro *Neocapitalismo y comunicación de masas* en EUDEBA. Decimos esto porque una peculiaridad de Toto era saber rodearse de muy buenos intelectuales y ejercer un liderazgo –que hoy llamaríamos positivo– en sus equipos de trabajo. Recordemos, además, que la «nueva» carrera de Letras había invitado también a dictar clase, entre otros, al profesor Aníbal Ford quien ideó la materia «Proyectos político-culturales».

A partir de los seminarios iniciales el tema de la Comunicación de Masas llegó a tener tanto interés que se pensó en crear un Área de Comunicación Social en el mentado nuevo plan de la carrera de Letras. Su concreción fue rápida, pero también fue rápido el desmoronamiento de todo el proyecto. A poco tiempo de asumir la dirección había renunciado Paco Urondo para dedicarse por completo a la labor política que entrañaba clandestinidad. El 1 de julio de 1974 la muerte del General Perón marcó un antes y un después para muchos aspectos de la vida social argentina. Lo cierto fue que en agosto de 1974 por disposición del Ministro de Educación y Justicia, Oscar Ivanissevich, asumió el rectorado-intervención de la UBA Alberto Eduardo Ottalagano. Al poco tiempo,

gran parte de los profesores de la UBA que habían tenido mirada progresista o participación política fueron echados, mal echados, hasta una ayudante de primera como era yo entonces.

A continuación sobrevino una suerte de calvario. Una especie de no poder creer lo que estaba sucediendo. Había ganado la partida el ala más a la derecha- fascistoide y comenzaba a accionar la llamada triple A. Los docentes de la UBA hicimos reuniones y asambleas, pero no había mucho espacio para la protesta. Por iniciativa de Toto, a quienes nos había interesado la cuestión de los medios, más su equipo de cátedra y compañeras de Latinoamérica armamos un pequeño centro de investigación que denominamos CECOM. Recuerdo las primeras reuniones, los primeros trabajos sobre la situación de los medios, los niveles de concentración. Ya la revista *Crisis* había publicado trabajos de Heriberto y Los Dueños de la Televisión de Margarita Graziano con quien Toto y su curso habían compartido algunas actividades. Funcionábamos en una oficina que era de un amigo de Toto, el platense Guillermo Savloff, importante investigador en Educación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata y de la entonces Escuela de Periodismo y hoy Facultad de la misma Universidad. El mismo Héctor y su compañera Ana María Nethol habían trabajado allí. Pero ocurrió lo trágico: el 20 de enero de 1976, un grupo de policías de civil, pertenecientes, se cree, a la Triple A, irrumpió en la casa de Savloff en La Plata y lo secuestró. Horas después encontraron su cadáver acribillado a balazos en un descampado. Quedamos horrorizados. La muerte había pasado cerquita. Fue enterarse, sacar de esa oficina de inmediato todos los papeles, carpetas con las investigaciones en curso, e incluso una carpeta celeste, que mantuve durante años donde estaban escritos prolijamente en máquinas de escribir los programas y fundamentos de ese fallido plan de estudios de la carrera de Letras. Además de lo que hizo Toto, se me vienen a la memoria dos amigas que habían colaborado mucho con el Centro: la mexicana Magos y la paraguaya Marion.

Por cierto que esta represión inicial lejos de alejarnos, al menos a un pequeño grupo, nos unió más, con amistades que aún perduran. Era preocuparse por dónde estaba y qué le sucedía al otro y tratar de ayudarlo.

Pero no bastó esto, algo más fuerte aconteció en la vida de Héctor. Me es aún muy difícil de contar. Y por lo que leo en un artículo aparecido en *El cohete a la luna*, ese dolor acompañó a Toto a lo largo de su vida. De sus dos hijos, nacidos en Córdoba, Pablo y Sergio, Pablo era militan-

te de la UES. Hacia agosto de 1976 a poco del golpe militar, decide venir a Buenos Aires y continuar aquí y en la Plata su militancia. Eran días de terror. Me consta todo lo que hizo Toto para que sus hijos pudieran salvarse yéndose del país. Aún perdura de modo imborrable la reunión que tuve con ellos a pedido de su padre para convencerlos, desde la militancia, de que el riesgo de su permanencia era muy alto y de que era mejor que partieran. Habíamos preparado bien la escena, pero con Pablo no hubo caso. Toto se quedó quizás más tiempo de lo debido en Argentina, a pesar de amenazas a su vida. Era para buscar a Pablo del que no se tenía noticias desde fines de 1976. Mucho tiempo después salió a la luz que –como se relata en el artículo que mencioné– el 29 de enero de 1977, en medio de una emboscada en La Plata la policía había asesinado a mansalva a Pablo. El hijo había muerto poniendo en práctica y militancia las ideas que preconizaba su padre. Tenía 19 años. En verdad, Héctor era muy fuerte, pero creo que esta pérdida lo devastó. (A Sergio lo vi muchos años después cuando regresó a la Argentina. Lo digo con el corazón roto porque en el momento en que escribíamos estas líneas me enteré de su muerte repentina).

### **El Maestro en México**

De aquel grupo entre militante, amistoso y universitario se fueron desgranando muchos por exilio, por muerte, por miedo. Héctor y parte de su familia fueron a México. Por relatos posteriores supe que allí había tenido la misma actitud que acá: gran capacidad de organizar grupos, equipos de investigación, áreas de Universidad sin el menor sabor autoritario. Amigas del alma de él como Carmen de la Peza o Beatriz Solís, profesoras de la Universidad Autónoma Metropolitana sede Xochimilco, decían que Toto tenía una sensibilidad especial para comprender lo que le pasaba a cada uno y mucha creatividad para gestionar. Tampoco faltaron los debates y controversias realizados en pleno exilio pero con más libertad de lo que nosotros desde aquí podíamos hacer en plena dictadura. Toto no descuidó a sus amistades de Argentina aun estando en México. Recuerdo que una vez recibí de manos amigas una larga carta suya donde nos decía que había que cuidarse mucho porque sabía que a algunos militantes presos los obligaban a recorrer la ciudad para marcar domicilios de compañeros. Nos mudamos.

Como había que seguir viviendo, tras una breve estadía afuera, volvimos y empezamos a tejer otra vida, otras viejas nuevas relaciones. Una vez, en una visita a la Feria del Libro, un amigo común de la editorial Siglo XXI me contó que Toto estaba muy bien, repuesto y con mucho reconocimiento en México. Se lo merecía. Ya había publicado acerca de su hijo y también discutido sobre cómo los movimientos populares no pueden ser autoritarios en su proceso que llaman revolucionario si están prometiendo democracia a futuro. Lo democrático debía atravesar todo, no solo el punto de llegada.

El otro tema que casi lo obsesionaba era el de la Memoria, sí, con mayúscula.

Hacia comienzos de los 80 los deseos de volver estaban muy presentes en muchos exiliados. Creo que fue en el 82 cuando vino de visita Ana María Nethol, la invité a cenar a casa, me habló de cómo vivían en México e insinuó el regreso. En plena comida, hablando con mi hija, entonces una nena, se asombró porque la chiquita no sabía casi nada de desaparecidos ni de la militancia de su madre. Le expliqué que no se lo había contado para protegerla ya que podía tener problemas en la escuela, etc. No sé si entendió. No fue fácil –incluso con un regreso muy deseado– que amigos del exilio exterior y los del exilio interior confraternizaran como si nada. Pero con Toto era otra cosa.

También por entonces nos llegaban noticias de que la cuestión de las llamadas «nuevas tecnologías» le interesaba cada vez más. Fue en 1983 que publicó *América Latina en la encrucijada telemática* en la editorial Paidós, libro escrito con Armand Mattelart.

Por otra parte, los que estábamos en Argentina, ya habíamos creado en plena dictadura la ASAICC, Asociación Argentina de Investigadores en Comunicación y Cultura, liderada por Heriberto Muraro y cuya secretaria fue realmente un lujo: nada más y nada menos que Patricia Terrero. Patricia venía de trabajar sobre Radioteatro y también había tenido militancia peronista, una actitud nada fácil siendo de una familia tradicional argentina. Destaco su figura no sólo por su valor en sí misma sino porque sería una de las personas que más acompañó los derroteros intelectuales de Toto cuando regresó a la Argentina. Y los de la Asociación éramos poquitos, nos prestaba un espacio CLACSO en la avenida Callao para hacer las reuniones; alcanzaba una mesa grande para sentarnos a su alrededor. Se habían incorporado personajes como Jorge Rivera, a quien la Asociación le iba a encargar que elabore un informe sobre

la Investigación en Comunicación en Argentina. Toto desde México estaba en conocimiento de estas experiencias.

### **Volvimos**

Era 1984. Alboreaba la democracia bastante condicionada pero que representaba para muchos un cambio sustantivo. Se disolvía de a poco a tremenda dictadura que había asolado el país con muertos, desaparecidos, y la disolución de redes solidarias, tejido social, ciudadanía. Con el triunfo de Raúl Alfonsín existió inicialmente el deseo de reabrir puertas de universidades que habían sido asoladas, con carreras desvastadas. Fue así como para la Universidad de Buenos Aires se nombró rector organizador a Francisco Delich, cordobés, de filiación radical amigo de juventud de Toto. A esto se sumó el deseo de propio Toto y su familia de volver. La Universidad de Buenos Aires –aprovechando su regreso– le encargó entonces armar una comisión para elaborar el plan de estudios de una Carrera o Facultad de Comunicación. Nunca me voy a olvidar uno de esos encuentros, una enorme mesa antigua de estilo del Consejo Superior volvía a reunir a quienes la dictadura y otras situaciones dolorosas nos habían dispersado: Héctor Schmucler, que ya tenía una gran experiencia en el armado de proyectos educativos de Comunicación, Margarita Graziano que venía de su exilio en Venezuela y se había formado en Políticas de Comunicación, Ana María Nethol que sugería temas de Comunicación y Educación, Patricia Terrero con su experiencia en Letras y en ASAICC, Heriberto Muraro ya experto en Opinión Pública, Eduardo Vizer, especializado en Comunicación y propuesto por el partido radical para integrar la comisión, yo en una mezcla por entonces de Letras, magíster en Educación por Flacso y periodista. Había otros personajes también presentes que ya habían trabajado armando el Ciclo Básico de la Universidad, el famoso CBC, como Martha Teobaldo también amiga de Toto. Solamente la paciencia y bonhomía de este personaje podía compatibilizar variadas ideas y narcisismos, proyectos discordantes y ansias de participación a veces desmedidas. Algunas reuniones se hicieron también en la sede del ILET (Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales) trasladado de México a Buenos Aires donde participaban, además de Toto, Alcira Argumedo y Nicolás Casullo.

El proyecto de Comunicación llevó casi dos años de trabajo, de discusiones, de intercambios, y también de contarnos historias de cómo habíamos sobrevivido en diferentes latitudes en tiempos tan sombríos. Lo interesante es que de alguna manera poníamos en juego ideales en torno al campo de la Comunicación. Como no podía ser de otra manera, el plan de estudios salió abundante, con un tronco común y cinco orientaciones: Periodismo, Políticas y Planificación de la Comunicación, Opinión Pública y Publicidad, Comunicación y Procesos Educativos, Comunicación Comunitaria. Casi cinco carreras en una. Por ese entonces a Toto le interesaba muy especialmente delimitar un área centrada en pensar las Tecnologías de la Comunicación que se concretó en dos materias: un taller de Introducción a la Informática, Telemática y Procesamiento de Datos (términos en boga por aquella época) y el seminario Informática y Sociedad. Efectivamente ese plan de estudios daba cuenta de las pasiones e ideas del equipo que se había conformado para concretarlo. Discutíamos los contenidos de cada materia. Todo tenía cara de fundacional. Algunos años después, cuando me tocó, como funcionaria, llevar ese plan a la práctica, resultaba evidente que habíamos imaginado un estudiante dedicado full time a la carrera. Y casi no nos habíamos ocupado inicialmente por demandar y verificar la infraestructura necesaria.

Casi en paralelo, a Alcira Argumedo, el arquitecto y profesor Guillermo González Ruiz le había solicitado aportar ideas para armar la carrera de Diseño Gráfico en la Facultad de Arquitectura de la UBA, ella llamó a Toto y éste, a su vez, a Patricia Terrero y a mí. El plan se concretó rápido. Toto comenzó a dictar allí Teoría de la Comunicación, la masividad era importante. Se abrió concurso y Patricia y yo quedamos como adjuntas de esa cátedra. Era todo un honor. A su vez, el equipo de docentes era excelente.

El Maestro era muy bueno para lograr que cada quien desarrollara su creatividad, sus ideas. Pero no podría decir lo mismo en relación con las cuestiones materiales de la vida. Solía decir: «Hacemos lo que nos gusta y encima nos pagan». Lo caracterizaba cierta austeridad que revelaba un comportamiento honesto en lo público, pero a la vez poco deseo de lucha gremial o reivindicativa de condiciones materiales. Solía sí, con inteligencia, siempre tener al lado a otra persona que se encargara de esas cuestiones. Lo que me parece que más capturaba su atención en aquellos tiempos de retomar la vida universitaria en Argentina eran las charlas y reuniones de cátedra para proponer temas, bibliografías, contenidos, formas de trabajo. Recuerdo una reunión inicial de cátedra

para preparar la materia Teoría de la Comunicación que dictaríamos en Diseño. Como no podía ser menos, habíamos incluido, entre otros textos, la adorniana noción de «industria cultural». Entonces se desplegó todo un debate acerca de cuán comprometidos o no con su tiempo estaban los pensadores más importantes de la corriente de Frankfurt. Por qué si tenían formación marxista la mayoría habían recalado en su exilio en los Estados Unidos. Toto nos miraba con asombro y de pronto nos preguntó cómo nosotros medíamos la calidad militante o de compromiso de alguien. Los más jóvenes del equipo de cátedra desconocían toda la trayectoria política del titular que pacientemente escuchaba panfleto tras panfleto. Sin hablar o sólo con gestos puso en evidencia que se estaba argumentando con un profundo desconocimiento. Sin discusión acalorada ni soberbia el Maestro había promovido una mejor lectura de los textos de Frankfurt y de las subjetividades que los rodeaban.

Así como en la carrera de Diseño se elaboró el plan y luego dimos clase no ocurrió lo mismo con la carrera de Ciencias de la Comunicación cuyo plan fue aprobado en diciembre de 1985 ya no por el rector Delich sino por el rector recientemente designado Oscar Schuberoff. Nos agradecieron la producción del plan, tarea por la cual nunca cobramos nada, y nos fuimos cada cual a su casa.

Al poco tiempo se nombró delegado rectoral al radical Eduardo Vizer y la carrera pasó a pertenecer directamente del rectorado. Los primeros profesores designados eran los más cercanos al núcleo íntimo de Vizer.

Mientras tanto algunos ya dábamos clase en la carrera de Diseño y Toto, si bien había sido nombrado profesor titular en FADU, oscilaba entre quedarse a vivir en Buenos Aires o construir una casa en Córdoba. En sus diálogos, en su memoria, su hijo Pablo estaba siempre presente.

### **Toto en la carrera de Comunicación**

Finalmente y de a poco el delegado rectoral de la carrera de Ciencias de la Comunicación comenzó a convocar a algunos del grupo inicial para cubrir las diferentes materias. Todo era muy arduo porque, si bien la recuperación democrática había dado un gran impulso al campo cultural, no ocurría lo mismo en torno a las posibilidades concretas de institucionalizar la carrera. Limitaciones económicas, edilicias, incremento sideral de alumnos eran algunos de los imponderables que agobiaban a la

dirección. Sin embargo, los profesores convocados se tornaron en referentes de los diferentes campos de la Comunicación: que Oscar Steimberg fuera titular de Semiótica I o que, por otro lado Héctor estuviera preparando su seminario de Informática y Sociedad ya daba la fisonomía que iban a tener dichos estudios. Y como no podía ser de otro modo, lo no saldado en su momento afloró en esta nueva instancia: ¿Semiotizar los estudios? ¿Dar cabida a otras dimensiones? Por momentos aquellos debates y cuestionamientos que la revista *Lenguajes* allá por los años 70 le había hecho a *Comunicación y Cultura* se reeditaban sutilmente. Toto mantenía no obstante una actitud ecuánime como la de quien pasó por muchas y está más allá. Y también creo que, porque la dimensión afectiva, y en cierta medida comunitaria, tenía gran prioridad.

Aunque llegó un momento en que, así como había existido el entusiasmo inicial, se desplegó un cono de sombra. Si bien por un lado dábamos clase en la Facultad de Arquitectura en la carrera de Diseño, los cursos en la carrera de Ciencias de la Comunicación se daban en cualquier lado, donde se pudiera o donde conseguíamos los propios profesores. Así fue que cuando me pidieron ser profesora titular de Comunicación I dimos clase en los lugares más variados: en el colegio Carlos Pellegrini, en aulas de cursos de idiomas que la UBA tenía en la calle Florida, y hasta en un hotel céntrico conseguido por un joven de nuestra cátedra entonces muy inquieto, era Rolando Graña que venía de la carrera de Letras como antes Silvia Delfino y mucha otra gente que se entusiasmó por los estudios de Comunicación. Gran voluntarismo atravesaba todo. Pero un día nos cansamos. No se podía seguir de esa manera. Muy interesantes contenidos, profesores que como Toto eran un lujo, pero sin vaso y sin agua. Como no me caracteriza la resignación y, a pesar de reuniones y cafés con amigos no se veía la solución, volví al periodismo (del que nunca en verdad me alejé) escribí una carta al rectorado y la publiqué en el Clarín de aquellas épocas. Decía que Comunicación no tenía suerte en Argentina. Que esos estudios habían sido tardíos en la UBA y cuando se creaban sufrían asfixia económica. ¿Qué clase de comunicación democrática proponían los radicales? Tuvimos respuesta. A los pocos días me convocó la Secretaria Académica de la UBA. Como ya lo dijimos muchas veces no se trataba de un acto de generosidad por parte del rectorado sino la comprobación de metas que no se estaban cumpliendo: la creación de la carrera desde la mirada del gobierno era para formar en lo posible cuadros periodísticos radicales. Y no sólo no se estaba logrando eso sino que, además, podía ser un boomerang.

Al poco tiempo el rectorado de la UBA nombró un nuevo delegado rectoral para la carrera de Ciencias de la Comunicación el periodista Enrique Vázquez, explícitamente radical alfonsinista. A través de negociaciones y diálogos entre el rectorado y el grupo fundacional decidieron que yo ocupara el lugar de secretaria académica de la carrera. Amigos como Toto, Sergio Caletti o Nicolás Casullo me aportaban ideas, sugerencias. Enrique, cordobés, tenía gran respeto por Toto. Pero sin embargo, solía decir en voz baja y en medio de reuniones: «no me traigas tantos ‘perucas’», en un tono amistoso pero persistente. Vázquez ni bien asumió le agregó al plan de estudios la materia Derecho a la Información y solicitó que la dictara León Arslanian. Toto, en cierta medida, me enseñó que para la gestión universitaria había que mantener equilibrios entre los unos y los otros. A eso le agregué que una carrera se torna interesante si convoca los mejores de cada campo de saber. Ciencias de la Comunicación tuvo un crecimiento vertiginoso. Cantidades de alumnos poblaban las aulas y se organizaban en agrupaciones para ganar el centro de estudiantes. Sabíamos que había que escucharlos y dejar que sus demandas aparecieran como producto de lucha y no como una respuesta inmediata. Por ejemplo, pedían por profesores que estaba en nuestra cabeza convocar, pero era bueno que la concreción quedara como producto de sus demandas estudiantiles. Tuvimos un primer edificio propio en la calle Callao y por él circulaban Margarita Graziano, Héctor Schmucler, Aníbal Ford, Jorge Rivera, Patricia Terrero, Eliseo Verón, Oscar Steimberg, Gloria Pampillo, Carlos Ulanovsky, Sergio Caletti, Eduardo Jozami, Atilio Borón, Bebe Kamín, entre muchos otros más jóvenes.

¿Por qué tanta explicitación de una carrera si estoy hablando de Toto? Porque esta carrera muy especialmente tuvo una marca de origen, el esfuerzo por tramar un tejido que se había roto por los exilios tanto exterior como interior, por las enormes dificultades que había atravesado el campo intelectual en tiempos de la dictadura y que urgía reparar, en lo posible colectiva y amistosamente, por volver a tener proyectos en el país. Cada quien venía con su mochila, con sus saberes y con sus vacíos, con necesidad de adaptarse nuevamente al país y/o reencontrarse en la vida universitaria. No fue fácil. Y cuando parecía que la dimensión comunidad estaba bastante fortalecida, ya en 1989 y la carrera dependiendo del rectorado había conseguido instituirse, el Consejo Superior decidió crear la Facultad... de Ciencias Sociales.

Se pusieron en juego tres proyectos: la Facultad de Comunicación y Nuevas Tecnologías (no recuerdo si el nombre era exactamente éste, pero sí el espíritu), la Facultad de Humanidades sumándonos a la de Filosofía y Letras junto con las otras cuatro carreras que dependían como nosotros de Rectorado, y la Facultad de Ciencias Sociales, un poco en honor y reconocimiento a lo que había padecido la carrera de Sociología durante la dictadura. Toto había hecho aportes para la primera opción, ya que la cuestión de las tecnologías era un tema de su predilección, sabía cómo el Diseño se estaba expandiendo en los estudios universitarios y porque pensaba pioneramente que entre Ciencias de la Comunicación y la carrera de la Facultad de Ciencias Exactas que se denominaba Ciencias de la Computación debían existir más y mejores vínculos. En verdad, también desde su seminario, y junto con Patricia Terrero, Christian Ferrer y el equipo, Toto recorría desde los estudios sobre el impacto cotidiano de las Tecnologías de la Comunicación hasta ciertos aspectos que podrían denominarse de Filosofía de la Técnica. Desde lo más instrumental hasta el pensamiento sobre la técnica. Esta perspectiva, desde mi punto de vista, era la más innovadora y ponía en jaque una división disciplinar tradicional. Pero bueno, no ganó. El triunfo lo obtuvo el proyecto de crear la Facultad de Ciencias Sociales. Recuerdo como hoy esa Asamblea Universitaria. Para nosotros no significaba ningún progreso, al contrario como se verificó luego durante años. También quedó muy claro que una Facultad no siempre se constituye por razones cognitivas. La Facultad de Ciencias Sociales no iba a tener ni a Antropología ni a Historia. Ambas pertenecían a la Facultad de Filosofía y Letras ni soñar con un «pase». La nueva Facultad iba a reunir carreras nuevas y otras que habían sufrido un derrotero difícil: Trabajo Social, Relaciones del Trabajo, Sociología, Ciencia Política y Ciencias de la Comunicación. Recuerdo la emoción de los sociólogos presentes ese día, era una reivindicación histórica, y también un modo de obtener más presupuesto para sus investigaciones y docentes. Desde 1989 en que se aprobó hasta el 2019 en que estoy escribiendo estas líneas pasaron treinta años. Creo que puedo ya afirmar con contundencia y por experiencia que no fue una solución feliz para Comunicación. Decían que la Sociología iba a hacer aportes a una carrera profesionalizante como la nuestra. No habían entendido nada. No habían entendido que Comunicación se expandió como estudios Universitarios al calor de la crisis de los grandes relatos y los paradigmas modernos. Entonces pudo desplegar creatividad para investigar no sólo en términos de Opinión Pública sino en el vínculo Arte de

Masas y Comunicación o como decíamos Filosofía, o bien para investigar las poéticas audiovisuales, sus lenguajes específicos, y por cierto producir. Comunicación construyó su propia episteme, y creo que en esto tuvo mucho que ver, entre otros, Héctor Schmucler. Y más específicamente en cuanto a la cotidianeidad universitaria, treinta años después – reiteramos– la Facultad de Ciencias Sociales aún es un constructo de cinco carreras con poca vinculación entre sí, o con vinculación pragmáticamente electoralista. Por su crecimiento, por la solidez que le han dado los años, las cátedras, las investigaciones y la generación de recambio que ya hace tiempo tiene la capacidad para funciones de gobierno, la Universidad de Buenos Aires debería hacer justicia y crear la Facultad de Ciencias de la Comunicación. Toto estaría muy contento.

### Tras la sierra

Y un buen día, Toto confirmó que, debido a su jubilación, y a que ya había elegido quedarse en Córdoba, dejaba la UBA. ¡Qué tristeza! Claro que quedaban a cargo de la materia y de la investigación Patricia Terrero y su adjunto Christian Ferrer, también se destacaba Claudia Kozak, en fin, muy buena herencia para seguir adelante. Eso sí, no le creímos cuando nos dijo que se iba a la sierra a descansar, meditar, etc. Por entonces ya se interesaba mucho por el tema de la Memoria Social y sus conferencias en Jornadas, Congresos, parecían tener un cierto toque místico o de búsqueda memoriosa y talmúdica de la verdad.

Ya instalado en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Córdoba cuyo rector, ahora en la provincia mediterránea, era su viejo amigo Francisco Delich, desarrolló un proyecto importante sobre Memoria, también, como era su costumbre, propició la creación de la revista *Estudios* y, por si esto fuera poco, creó junto con Marita Mata la primera Maestría en Comunicación a la que denominaron Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea. Desde esos inicios hasta la actualidad formo parte del comité académico de ese posgrado y cada tanto he dado clase. Era un buen pretexto para seguir hablando con la gente amiga, pero los 90 no pasaban en vano. Un cierto costado más individualista o de cierta arbitrariedad para el logro de objetivos atravesaba ya a las almas más cándidas. Y donde estaba Toto no fue una excepción. No obstante, tuve el honor de escribir el informe para que la Universidad de Córdoba le concediera el merecido emérito. Aunque ya con

mucha menos asiduidad, cada tanto conversábamos. Recuerdo cuando le conté que iba a armar una fundación que se llamaría Walter Benjamin, y que no sabía si la iba a llamar Centro o Círculo. Me miró con una cara de asombro y disimulo de risa todo junto y me sugirió que «Círculo» era mucho. Tenía razón.

En 1997, de pronto cayó como un baldazo una verdadera tragedia: Patricia Terrero –que fuera su socia de trabajos y cátedra– moría de un cáncer fulminante. Lo vi en el sepelio muy triste con su compañera Vanina. Esa muerte fue para muchos de nosotros un golpe muy fuerte. Y ni hablar cuando también nos cruzamos algunos al despedir al querido Nicolás Casullo. Toto siempre estaba donde había que estar y en el momento en que había que estar.

Con los años Toto vino cada vez menos a Buenos Aires; en alguna oportunidad compartimos la tarea de ser jurados de tesis. Lo cierto es que, aunque no lo veíamos, permaneció siempre como referencia –incluso para polemizar– en temas de Comunicación, en referencias conceptuales a Derechos Humanos y Memoria, en presencia bibliográfica. Toto no escribió en abundancia, pero bastaban unas frases emblemáticas dichas en conferencia donde hablaba como predicador o leía de fichas de cartulina, para que el Maestro diera justo en la tecla de los temas comunicacionales del momento.

### **Epílogo imprescindible**

En la historia de la Comunicación Latinoamericana, se suele hacer referencia a una primera camada de intelectuales que pensaron la Comunicación, dicha entonces de masas, como «padres fundadores»: Luis Ramiro Beltrán, Antonio Pasquali, Manuel Kaplun, Héctor Schmucler, Jesús Martín Barbero, entre otros. La dimensión patriarcal fue una marca de origen en los estudios de Comunicación Universitarios. Además se alimentaba no sólo desde el narcisismo de cada uno, sino desde los homenajes que discípulos y discípulas les propiciaban. También en el modo como se llevaban a cabo las herencias intelectuales donde una dosis de adulación solía estar presente. Lo cierto es que eran pocos, y, en ese marco, los liderazgos encabezados por mujeres, una rara *avis*. Debo decir que, a partir de esa matriz, proliferaron tantas y tantos buenos intelectuales y estudiosos de Comunicación a lo largo y ancho del Continente, que ya no se puede –felizmente– hablar de solo un puñado de

pioneros. En ese sentido, hay que marcar algo de Toto que lo ha distinguido: crear en diferentes latitudes espacios comunicacionales plurales que más allá de su persona tuvieron vida propia y potencia creativa. De ahí que esa, a mi modo de ver, constituya una actitud generosa y poco frecuente que permite –más allá de debates y diferencias– con todas las letras llamarlo «Maestro».